



La Universidad Central de Madrid,
en la Calle de San Bernardo, a principios del S. XX

ESTACIONES Y DIÁLOGOS DE LA FILOSOFÍA ESPAÑOLA

Toda lengua y también toda nación o comunidad cultivan una tradición filosófica y de pensamiento. Podrá ser más o menos rica, variada o continuada en el tiempo, pero parece innegable que siempre se dará de un modo u otro. En todo caso, más allá de localismos o identidades nacionales y culturales, la filosofía siempre aspira a plantear cuestiones universales y concernientes a la condición humana y su destino, y en este sentido no deja ni puede dejar de dialogar con otras tradiciones, otras lenguas y otras culturas. El caso de la filosofía española y también de la filosofía escrita en español es un caso singular, pues posee una indudable riqueza y variedad, si bien, acaso no siempre se puede hablar de una continuidad o una cohesión en todo su conjunto. Esto es debido, entre otras razones, a un importante legado de filósofos del pasado cuya influencia queda o bien truncada, o bien identificada con ámbitos culturales más amplios; de un lado la filosofía escolástica, escrita en latín, y representada principalmente por figuras como Suárez y otros pensadores de la escolástica tardía, que quedarán progresivamente postergados a partir de la Ilustración; de otro algunos pensadores que, aún nacidos en la Península Ibérica, pertenecieron a la cultura romana o árabe, adscribiéndose más bien en amplias tradiciones culturales: como es el caso de Séneca o Maimónides, entre los más célebres.

A la vista de estas circunstancias, algunos estudiosos han demarcado la cuestión a la filosofía escrita en español, incluyendo por otra parte el amplio ámbito latinoamericano. En todo caso, esto no impide reconocer una tradición filosófica cultivada en nuestro país, especialmente a partir del siglo XVIII, y que con sus luces y sombras no deja de constituir un suelo fundamental para nuestro presente. Sin ánimo ni mucho menos de exhaustividad, en el presente número recogemos una serie de artículos y estudios que reflejan algunas de las líneas actuales de la investigación de la filosofía española. En este conjunto encontramos figuras y movimientos señeros, junto a otros acaso no tan conocidos. En cualquier caso, con el título de este editorial queremos subrayar que la filosofía española ha tenido sus ámbitos de germinación, que a su vez son como *estaciones* de conexión y de desarrollo, dándose a la vez un importante *diálogo* de sus figuras más señeras entre sí, con la filosofía escrita en otras lenguas, y de además con otras ciencias y ámbitos del saber.

El número se abre con un artículo que analiza el cambio semántico del término «filosofía» en la ordenación de las enseñanzas en el S. XVIII, sufriendo un desplazamiento por el término «ciencia», unido al avance de las ciencias naturales. Jovellanos optará por mantener en la Universidad las disciplinas filosóficas, herederas de la escolástica, creando institutos específicos para las nuevas ciencias emergentes. Los liberales por el contrario abogarán por un modelo único, creando la Universidad Central, con una red de universidades provinciales, y que llevará a una marginación de las disciplinas filosóficas en pro de las matemáticas y las científico-naturales. Ahora bien, a lo largo del XIX, sobre todo desde el impulso nuevo del krausismo, se vivirá una nueva relevancia

de la filosofía, ya independiente de la escolástica, tratando de importar el modelo huldiano de universidad, uniéndose con esto a un movimiento europeo e internacional de reforma universitaria, tal como se analiza en el quinto estudio. Además, el talante integral y armónico del ideario krausista no impedirá, al contrario, el fomento y desarrollo de la investigación en el ámbito de las ciencias naturales, tal como nos revela el sexto estudio, que analiza concretamente el influjo de este movimiento en la química en España. De otro lado, la impronta krausista ampliará su radio de influencia a diversos ámbitos de la sociedad, especialmente el educativo, pero también el jurídico. El segundo artículo analiza la importante influencia del ideario krausista en la inmensa figura de Concepción, especialmente de Fco. Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza, haciendo plausible una incidencia práctica del ideal solidarista y de humanidad de Krause en la dignificación y educación de la mujer en los diversos ámbitos sociales, o, entre sus contribuciones más señeras, la innovadora consideración y tratamiento del ámbito penitenciario y el derecho penal. El tercer artículo nos descubre la riqueza y relevancia de los movimientos espiritistas en la España del XIX, mostrando, entre otras influencias, su conexión también con algunos krausistas, con la teosofía y también con el feminismo. Podemos ir comprobando que la mujer no ha estado tan ausente en algunos ámbitos de la cultura y la filosofía española. Ya en el S. XVIII, tal como nos da a conocer el segundo estudio, encontramos la figura de Beatriz Cienfuegos (1714-1786), que en su publicación periódica *La Pensadora Gaditana* defenderá la virtud cívica en un contexto de emergencia del liberalismo.

La conciencia filosófica moderna en España en ningún momento desdeñará el rico legado del Siglo de Oro y de la gran literatura escrita en nuestra lengua, así como de la rica tradición religiosa y mística. El tercer estudio está dedicado a la gran aportación del jesuita Baltasar Gracián al desarrollo de un humanismo libre, no reñido con la ortodoxia católica y de gran profundidad antropológica. El segundo estudio aborda desde la obra *La vida de Don Quijote y Sancho* de Miguel de Unamuno las *locuras* de Don Quijote e Ignacio de Loyola, que el pensador vasco analiza, también en relación con la suya propia, entendida como un deseo de trascender y de inmortalidad. El primer estudio complementa muy bien este asunto demostrando que esa hambre de inmortalidad unamuniana tiene un sentido trágico y no de mera conservación de la vida, yendo unido ese anhelo a la asunción de la muerte, en un sentido que preconizará algunas tesis fundamentales de la filosofía existencial europea. Un tema tan cervantino y calderoniano como la frontera entre la realidad y el sueño es analizado, y en diálogo con la ciencia psiquiátrica, en el gran pensador de la realidad que fue Xavier Zubiri, que también se interesó por la «irrealidad». El último artículo enriquece el sentido dialogante de la filosofía en nuestra lengua al abordar la relación y afinidad entre el pensamiento de María Zambrano y el universo creador y reflexivo del gran escultor Eduardo Chillida (1924-2002), cuyo centenario de nacimiento celebramos este año. Chillida tuvo una relación plural y profunda con diversos filósofos y poetas, como Valente y Janés, pero sin duda figuras como la de Zambrano hablan también de una filosofía, la española, abierta desde su raíz íntima al diálogo con la vida y la creación artística.

Ese rico diálogo no nos exime de encontrar también en la filosofía española contemporánea una preocupación especulativa y metafísica. Además de Zubiri, hay que contar aquí también con Ortega y Gasset, junto con Unamuno, la figura más internacional de nuestra filosofía. El cuarto artículo reivindica una ontología en Ortega, muy afín a la de G. Simmel, de carácter relacional y crítica con la tradición sustancialista. Finalmente, el quinto artículo nos presenta el diálogo de dos recientes metafísicos: L. Polo y F. Canals. Creemos que el elenco de trabajos aquí presentados, sin ánimo de completitud, da buena muestra de la riqueza y de la actualidad de la filosofía en nuestra lengua.

Ricardo PINILLA BURGOS
Director de PENSAMIENTO